

forman una gavilla de grafismos y captaciones agudas, de caracteres, gestos y andanzas. Demasiado subjetivo sería encuadrar sus preferencias, por lo entonado y regular del trazado ayaliano, de su penetrante aprehensión. En plan de contraste, breve y conmisericordioso el primero, elogiados los dos restantes, citaría el dibujo de los gallegos Lorenzo Varela, Eduardo Dieste y Luis Seoane. Y en cuanto a bien disímiles y ásperos hombres de letras, sobresalen los diálogos meramente enunciados con Ezequiel Martínez Estrada (en México le halagó el concreto paralelismo que le subrayé con Unamuno: creo que en el fondo fue el colega que más estimó) y el dolorido sentir por Murena.

Además de su fluidez y maestría estilística, la obra de Ayala en este género —con expectación se aguarda el tercer libro de *Recuerdos y olvidos*— es un precioso auxiliar e indispensable guía para pulsar determinados usos y costumbres, inteligencias, sensibilidades y conductas de los escritores y universitarios hispanoamericanos de estos azarosos tiempos. Y las impresiones de viaje —a Oriente, es probable sigan las de Italia y otros países europeos— abren un sosegado paréntesis en unas memorias extraordinariamente autorizadas, serenas y vivaces.

Genio y figura de Rafael Alberti

La ascendencia italiana —que reaparece con frecuencia en su voz y sangre— y la primera edad en el ámbito de los comienzos españoles del siglo, y las finales espumas que América envía a la costa atlántica meridional son, quizá, factores recurrentes en el genio y figura de Rafael Alberti, en sus eslabones poéticos.

El hechizo de Cádiz, cuya sola imaginación le conmovía en su exilio, al unísono (¡oh, caracola de aquel mar!) del Puerto de Santa María —su heredad anímica— pautan el fosforescente lirismo de Alberti, alternancia de gesto y gracia en la metáfora: singularidades que reverdecen en sus *Memorias*. ¡Qué cúmulo de nostalgias en *La arboleda perdida!*

Esta obra (tomos I y II de sus *Memorias*) básicamente escrita en su destierro suramericano, bautiza los derroteros del autor «extrañado» y conduce, de su mano y a compás de su temple, hasta el desencadenamiento de la guerra civil-internacional. Es toda una época española, desde su emplazamiento. Y una doble expresión de amplia naturaleza poética, que por igual abarca a círculos selectos y al pueblo en hervor. Una vitalidad asombrosa, de la que fui cercano testigo en Toulouse, abril de 1983, a sus 81 años virtualmente cumplidos...

Uno se pregunta, ante lo fenoménico de Rafael Alberti, y voy al hilo de esas páginas de rica evocación, si un imán subjetivo concita los acontecimientos y motivos mayores o éstos acuden a los elegidos de los dioses, concebidos como fuerzas simultáneamente ciegas o cocientes de un orden superior que a nuestro desciframiento escapa. ¿O los encuentros se producen a mitad del camino que lo ignoto marcará?

¿Cómo reúne Rafael Alberti los tonos más sutiles y sugerentes de las imágenes —palabra o frase— y la aptitud de la actitud, el goce pagano de la seducción del auditorio, el uso del vocabulario de la calle, inteligible y emocionante siempre sin desdoro de lo artístico, en vanguardia la garbosa inspiración?

En franjas de misterio, apenas entrevisto pero ilustrativo, nos introduce *La arboleda perdida*, a trasteos de autenticidad. El «alma del idioma» no incurre baldíamente, en ninguna corcova prosaica y, además, responde a una sintaxis emocional, porque de manera sostenida vivifica y actualiza los recuerdos y se cata y cala en la gran noble influencia, aquí resaltada, de las costumbres y fantasías y donaires de las gentes, auténticas por sencillas, de aquellas comarcas, cuyo rastro identificable aparece también en las creaciones de Federico García Lorca y de José Moreno Villa.

Las evocaciones del entorno familiar, con buenas dosis de pintoresquismo y excentricidad, rasgos bien definidos los de la parentela, moteada de chifladuras. Conjuros, los iniciales, que datan de París, cuando la derrota material de la República y el sojuzgamiento de nuestro pueblo, tan amargos para él, le obligaron a un trabajo radiofónico de corta duración, por el giro francés de la segunda contienda mundial.

Los años de niñez se acompañan con la rebeldía anticlerical, germinalmente revolucionaria. De un Alberti que sueña con ser torero y lo expulsan, por ello y coleta, de clase. En una u otra etapa de génesis o puesto en el disparadero, las premoniciones e impulsos político-sociales concurren, de modo pertinaz, en la existencia y obra de Alberti. Es un proceso sentimental, volitivo, anhelo de beneficio común que no reviste nunca el menor afeite teórico.

Ya en Madrid, y Alberti lo relata con envidiable retentiva de momentos y lugares, como una experiencia indeleble, da rienda suelta a la que fuera su ardiente vocación pictórica. Hasta que, suspendido en Preceptiva y sin poder examinarse de Historia literaria, empezó a leer, con sus padrinos en esa lid, Espinosa y Gil Cala, versos a veces hasta rayar el alba. Despertaron en él un inefable «temblor», que se le adheriría durante el entero vivir.

Uno de los pasajes más impresionantes de esta grávida y sin embargo ágil memoria se desarrolla en Málaga y reivindica, lo que plenamente comparto, a Salvador Rueda:

«...Me tropecé, en una de mis paseatas vespertinas por la calle Larios con la imagen de Salvador Rueda, el olvidado cantor de aquellos maravillosos paisajes terrestres y marítimos. Lo vi, primero, en las tapas de un libro, tras los cristales de una librería. Allí estaba —corona de laurel y largos bigotes retorcidos— en actitud meditativa. Dominando mis repentinas timideces de entonces, me atreví a visitarlo. Lo encontré, cuidador de la Biblioteca Municipal, lamentándose de su creciente ceguera y el injusto olvido a que se le había condenado. Con voz dulce y emocionada me refirió sus méritos: un humilde pastor de Benaque, su pueblecillo natal, llegado a Málaga “con la cabeza llena de panales...”. Guardaba conciencia de su papel como precursor del modernismo poético, reconocido generosamente por Rubén Darío, quien le dedicara a finales de siglo dos magníficos y chisporroteantes poemas. Me dijo que la voz del Parnaso moderno era de mujer. ¿Nervo? ¿Villaespesa? ¿Jiménez? Poesía femenina. Salimos juntos, en la mañana de sol, acompañándole por varias calles y paseos, camino de su casa. Me enteré luego que ésta consistía en una modestísima habitación de un prostíbulo del barrio popular del Perchel. Allí vivía el desdichado y luminoso lírico de aquellos litorales, contemplando, nostálgico, clavadas sobre la cabecera del miserable lecho las múltiples coronas que habían ornamentado su frente en los años gloriosos por España y América.»

El mismo Alberti no nos explica en su *Arboleda perdida* (sólo en ráfagas de lo que llama su «prehistoria») la atracción casi mágica que los ángeles, bajados del cielo y del credo, suscitan en él. Cabría explorar en esa vertiente temática una de sus partituras, personales y poéticas, que en la juventud le brotara con éxtasis y dolencia, y más adelante resurgiera por los esguinces y márgenes de sus versificaciones, ruta de conocimiento e indagación monográficos que ningún estudio considerable abordó todavía:

*Te saludan los ángeles, Sofía,
luciérnagas del valle...
Un ángel lleva tu trineo,
el sol se ha ido de veraneo.*

¿Profesará Alberti un secreto de la querencia de tal suerte transmutado?

Ángeles de polifacética indumentaria, ángeles de la guarda. No le faltaron alientos ni espaldarazos, en su carrera poética; su calidad y cualidad, por originales, no tardaron en llamar la atención en una sociedad literaria española más «patriarcal» que la de nuestro enrevesado ahora:

«Y no sin cierto temor saqué mi manuscrito. Y por primera vez leí a un *personaje de importancia* algunas de mis canciones y sonetos. El comentario de Canedo fue bueno, pero parco. Yo, como Juan Ramón y García Lorca, era también andaluz. Y esto se me notaba, dándole acento definido a mi naciente poesía. No me disgustaron sus pocas palabras. Habían sido bastantes para un crítico ilustre, conociéndose ya cuánto se cuidan éstos para no correr el grave riesgo de equivocarse. Al poco tiempo supe, por Gregorio Prieto, que Díez-Canedo había ampliado sus elogios, cosa que me llenó de nuevo arranque y entusiasmo.»

Incomprensiones se producen asimismo entre los muy dotados, como Alberti, sin ir más lejos sus juicios sobre la escritura de José Moreno Villa.

Al igual que el autor de *Jacinta la pelirroja* y Buñuel, Alberti resalta «el ángel» (que me deslizó el prestado sustantivo) de Federico García Lorca:

«¡Noche inolvidable la de nuestro primer encuentro! Había magia, *duende*, algo irresistible en todo Federico. ¿Cómo olvidarlo después de haberlo visto o escuchado una vez? Era, en verdad, fascinante: cantando, solo o al piano, recitando, haciendo bromas, diciendo tonterías. Ya estalla lleno de prestigio, repitiéndose sus poemas, sus dichos, sus miles de anecdotillas granadinas —ciertas unas, otras inventadas—, por todas las tertulias de literatos cafeteros y corrillos estudiantiles. Sus obras fundamentales de aquellos años aún permanecían inéditas.»

¿Cabe comentar —ni siquiera en escueta glosa—, los sucesos literarios que tejen la crónica particular de Alberti? ¿La historia, que él ha contado varias veces, de su obtención del Premio Nacional de Literatura? Era una colectividad abierta a los valores genuinos. Donde destaca la grandeza ejemplar, llana, del arrinconado Gabriel Miró, hombre y novelista de hogar inmediatamente acogedor, capaz de admiraciones en un solar plagado —he aquí la paradoja—, de envidiosos y resentidos. Huelguen, por sabidas, las ilustres rarezas de Juan Ramón Jiménez, que bien explícito es el autor